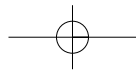
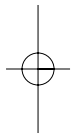
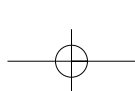
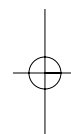
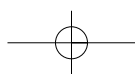


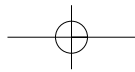
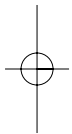
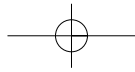
# PROVOCACIÓN





Horst Aspernicus  
Der Völkermord





**HORST ASPERNICUS:**

*Der Völkermord*

*I. Die Endlösung als Erlösung*

*II. Fremdkörper Tod*


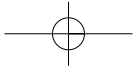
(Göttingen, 1980)<sup>1</sup>

COMO DIJO ALGUIEN, ESTÁ MUY BIEN que esta historia del genocidio la escribiera un alemán porque cualquier otro autor se expondría a acusaciones de germanofobia. No creo que esto hubiera pasado. Para este antropólogo, el origen alemán de «la solución final de la cuestión judía» en el Tercer Reich constituye sólo la parte secundaria de un proceso que no se limita ni a los asesinos alemanes ni a las víctimas judías. Se han escrito ya muchas atrocidades sobre

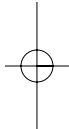
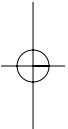
---

1.- Horst Aspernicus: *El genocidio*. I. La solución final como forma de redención.


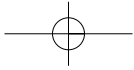
II. Muerte del cuerpo extraño. (*Todas las notas son de las traductoras.*)



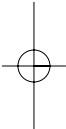
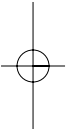
el hombre contemporáneo. No obstante, nuestro autor ha decidido acabar con ese hombre de una vez por todas, triturándolo hasta tal punto que no pueda volver a levantarse. Aspernicus, cuyo apellido se asocia con Copérnico, quería, como hizo su ilustre antecesor en la astronomía, iniciar una revolución en la antropología del mal. Al leer el resumen de los dos tomos de la obra, el lector mismo podrá decir si lo consiguió.



Siguiendo sus ambiciosos planes, el primer tomo se abre con el estudio de ciertos comportamientos observados en el mundo animal. El autor trata de los depredadores que matan por instinto, para vivir. Destaca que el depredador, especialmente si es grande, no mata por encima de sus necesidades y de las de su cortejo de comensales, ya que, como es sabido, todas las especies depredadoras tienen su cortejo, compuesto de animales más débiles que se alimentan de los restos de sus presas. Los animales no depredadores se vuelven agresivos sólo durante el período de celo. Sin embargo, son escasas las ocasiones en las que la lucha


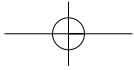


de los machos por una hembra acaba con la muerte del rival. Matar de una forma gratuita es poco frecuente entre los animales. Donde se observa con mayor frecuencia este comportamiento es entre los animales domesticados.

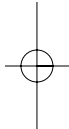
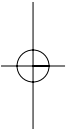


El caso del hombre es distinto. Según las crónicas, desde los tiempos más antiguos, los conflictos bélicos se convertían en matanzas masivas de los vencidos. Los motivos, en la mayoría de los casos, eran prácticos: al eliminar la progenie de los vencidos, el vencedor evitaba la futura venganza. En las culturas antiguas, las matanzas de este tipo no se ocultaban en modo alguno, eran incluso ostentosas: cestas llenas de miembros y genitales cortados formaban parte de las marchas triunfales de los vencedores como manifiesto de su victoria. Tampoco nadie en la antigüedad cuestionaba este derecho del vencedor. A los vencidos los mataban o los llevaban presos, según un cálculo de beneficios puramente material.

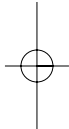
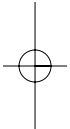
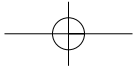
Basándose en abundante documentación, Aspernicus demuestra cómo las reglas bélicas se fueron blindando con



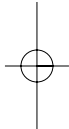
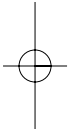
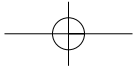
un número cada vez mayor de limitaciones; esto se ve claramente en los códigos caballerescos. Sin embargo, estas limitaciones no eran respetadas en las guerras civiles, porque el adversario interior superviviente era más peligroso que el enemigo exterior, lo cual explica por qué los católicos perseguían a los cátaros con más afán que a los sarracenos.



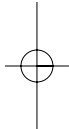
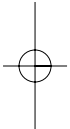
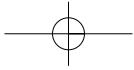
La paulatina ampliación de estas limitaciones llevó finalmente a acuerdos como el Convenio de la Haya. La cuestión básica era que la victoria en la guerra y la matanza de los vencidos debían permanecer separadas. Lo primero no podía bajo ninguna circunstancia traer consigo lo segundo. Esta disyunción iba a reflejar el progreso realizado en la ética de los conflictos bélicos. También han ocurrido actos de genocidio en los tiempos modernos, pero carecen del oportunismo y la ostentación de los antiguos. Aquí, Aspernicus pasa al estudio de los razonamientos que se han dado en los distintos siglos para justificar el genocidio.



En el mundo cristianizado, esos razonamientos pasaron a ser un hecho común. Hay que añadir que ni las expediciones de los conquistadores, ni las levas de esclavos africanos, ni, más antiguamente, la liberación de Tierra Santa o el desmembramiento de los imperios indios de América del Sur, fueron llevados a cabo con una abierta intención genocida, sino que se trataba de reclutar mano de obra, de convertir paganos, de la conquista de tierras de ultramar, y las matanzas de aborígenes significaban la superación de unos obstáculos en el camino. Sin embargo, en la cronología de los genocidios podemos detectar una caída del interés propio como componente motivador en relación al componente justificativo, esto es, un creciente predominio del provecho espiritual sobre el provecho material de los autores. Aspernicus señala la masacre de los armenios por los turcos, en la Primera Guerra Mundial, como precursora del genocidio nazi, puesto que adquirió en toda su plenitud las características de un genocidio moderno: a los turcos la carnicería no les proporcionó

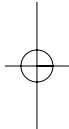
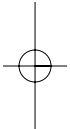
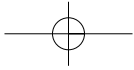


ningún beneficio significativo, y al mismo tiempo se falsearon sus motivos y se ocultó como se pudo ante el mundo. Según el autor, el genocidio *tout court* no es el estigma del siglo XX, sino la matanza con razonamientos totalmente falseados, enmascarada en la medida de lo posible tanto en su desarrollo como en sus resultados. Los beneficios materiales procedentes del saqueo de las víctimas eran más bien nulos o peor incluso, como en el caso de judíos y alemanes: en el balance del estado alemán, el judeicidio significó una pérdida material y cultural, lo cual fue demostrado, con amplia documentación, por autores alemanes después de la Segunda Guerra Mundial. Así pues, a lo largo de la historia se invirtió la situación original: el provecho, ya fuese económico o militar, de la práctica del genocidio pasó de real a imaginario, y eso fue lo que generó la necesidad de encontrar nuevas justificaciones para el asesinato. Si estas justificaciones hubieran adquirido la potencia de un argumento tajante, las masivas sentencias de muerte ejecutadas mediante estas justificacio-



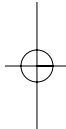
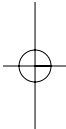
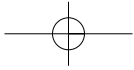
nes no tendrían que ocultarse ante el mundo. Sin embargo se ocultaban por doquier, así que, por lo visto, no eran lo bastante convincentes ni siquiera para los promotores del genocidio. Aspernicus considera esto un diagnóstico inquietante y, a la vez, según los hechos, indiscutible. Como indican los documentos conservados, el nazismo mantuvo en el proceso genocida una cierta gradación: a los pueblos diezmados y subyugados, como los eslavos, se les anunciaban algunas ejecuciones; en cambio, a los grupos que iban a ser totalmente eliminados, como los judíos o los gitanos, no se les avisaba de las ejecuciones en marcha. Cuanto más total era la matanza, más sombra la ocultaba.

Aspernicus examina este conjunto de fenómenos aplicando un método de incursiones sucesivas cuya intención es alcanzar las motivaciones más profundas del genocidio. Primero, muestra en el mapa de Europa un gradiente enfocado de Oeste a Este, desde el polo del encubrimiento hasta el de la claridad, o, en términos morales, desde el



asesinato avergonzado hasta el desvergonzado. Lo que los alemanes hacían en la Europa occidental a escala local, en secreto, de modo esporádico y lentamente, lo emprendían en el Este a escala creciente, con brusquedad, de forma más evidente y cada vez con menos reparos, empezando por las fronteras del *General Gouvernement*, esto es, las tierras polacas anexionadas por los alemanes durante el tercer reparto de Polonia. Cuánto más al este, más claramente el genocidio pasaba a ser una normativa de aplicación inmediata: a menudo mataban a los judíos en sus casas, sin aislarlos en guetos ni trasladarlos a los campos de exterminio. El autor opina que esa disparidad demuestra la hipocresía de los genocidas, que se sentían incómodos para hacer en el Oeste lo que hacían en el Este, donde ya ni se preocupaban de guardar las apariencias.

En su origen, el programa de «la solución final de la cuestión judía» escondía distintas variantes que presentaban diferentes grados de crueldad, aunque todas con idéntico final. Aspernicus sostiene, y con razón, que era factible la



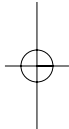
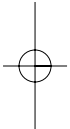
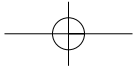
variante no sanguinaria, militar y económicamente más provechosa para el Tercer Reich: separación de sexos y aislamiento en guetos o campos. Si los alemanes, al escoger su conducta, no tomaron en consideración los factores éticos, deberían haber considerado al menos el factor de beneficio propio que sin duda implicaba esta variante, puesto que dejaría libres una gran parte de los trenes (los cuales trasladaban a los judíos de los guetos a los campos de exterminio) para necesidades militares, reduciendo el número de tropas dedicadas al exterminio (porque la vigilancia de los guetos exigiría menos fuerzas) y aliviando también la industria destinada a la producción de crematorios, trituradoras de huesos humanos, gas *Zyklon* y otros utensilios genocidas. Los judíos segregados se hubieran extinguido en cuarenta años, como mucho, teniendo en cuenta el ritmo al que desaparecía la gente de los guetos a causa del hambre, las enfermedades y el agotamiento causado por los trabajos forzados. El ritmo de este genocidio indirecto era conocido por la plana mayor

del *Endlösung*<sup>2</sup> a principios del año 1942, y cuando se optó por la decisión definitiva, la plana mayor podía contar aún con una victoria alemana. No había, pues, ningún factor a favor de la solución sanguinaria, aparte de la propia voluntad de matar.

Como atestiguan los documentos conservados, los alemanes consideraron también la posibilidad de otros métodos, por ejemplo la esterilización mediante radiación con rayos X, pero finalmente optaron por la carnicería. Para la historia de Alemania, constata Aspernicus, para apreciar su grado de culpa, para la política mundial en los tiempos de posguerra, una variante concreta del judeicidio carecía de importancia, porque, incluso sin él, el Tercer Reich tenía ya bastantes crímenes de guerra como para merecer la pena máxima. Tampoco son menos criminales quienes exterminan a un pueblo mediante la esterilización obligatoria o la separación de sexos que quien lo asesina.

---

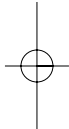
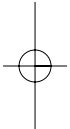
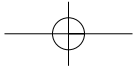
2.- *Endlösung*. Solución final.



Sin embargo, para la psicología del crimen, para el análisis de la doctrina nazi, para la teoría del hombre, la diferencia es fundamental. Ante sus colaboradores, Himmler justificaba el genocidio judío por la necesidad misma de exterminarlos, para que nunca pudieran amenazar al estado alemán. Pero si se toma la existencia de esa amenaza como válida, la variante del genocidio indirecto resulta ser la más económica desde los puntos de vista material, técnico y organizativo. De modo que Himmler mentía a sus hombres y, posiblemente, a sí mismo. Este asunto perdió importancia ante el desarrollo posterior de los acontecimientos, cuando los alemanes empezaron a sufrir derrotas y se vieron forzados a grandes retiradas y a intentar borrar las huellas de las ejecuciones en masa quemando los cuerpos exhumados. Si hubiese sido entonces cuando empezó el genocidio sanginario, todavía podríamos creer en la sinceridad de las convicciones de los Himmler o los Eichmann, de que el miedo a la venganza de los vencedores les abocara a la matanza. Pero, puesto que no fue así,

Himmler también mentía cuando comparaba a los judíos con parásitos que debían exterminarse, porque no se mata a los parásitos con la intención de martirizarlos.

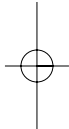
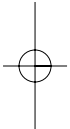
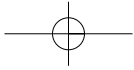
En una palabra, no se trataba sólo del provecho que se sacaba del crimen, sino también de la satisfacción que se producía al ejecutarlo. Todavía en el año 1943 —y probablemente incluso más tarde— Hitler y su estado mayor podían tener fe en la victoria alemana, y «a los vencedores no se les juzga». Por eso resulta sumamente difícil explicar por qué los actos genocidas no consiguieron plena afirmación mientras se efectuaban, por qué incluso en los documentos altamente secretos aparecían enmascarados bajo criptónimos como *Umsiedlung*, esto es, como «deportaciones», que en realidad significaban exterminio. Aspernicus cree que en este doble lenguaje radica el esfuerzo por concebir lo inconcebible. Los alemanes debían ser arios nobles, los primeros europeos, heroicos triunfadores, y al mismo tiempo eran asesinos de seres indefensos. Pregonaban lo primero, ejecutaban lo segundo, y de ahí viene el extenso



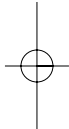
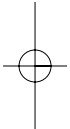
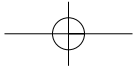
catálogo de sobrenombres y falsedades tipo *Arbeit macht frei*,<sup>3</sup> *Umsiedlung*, o la propia *Endlösung* como eufemismos del crimen. Es en esta mendacidad donde se manifiesta —según el autor, y en contra de las aspiraciones del nazismo— la pertenencia de Alemania a la cultura cristiana, porque estaban impregnados de ella hasta tal punto que, a pesar de sus intenciones de eludir el Evangelio, no pudieron hacerlo en todos sus aspectos. En el ámbito de esta cultura, dice el autor, incluso cuando es posible hacer todo, todavía no se puede decir todo. Es un hecho irreversible, porque de no ser así, nada impediría a los alemanes llamar a las cosas por su nombre. En el primer tomo de su obra, titulado *Die Endlösung als Erlösung*, Horst Aspernicus revisa los recientes intentos de declarar que la verdad sobre el genocidio del Tercer Reich son sólo falsedades y mentiras de las cuales se sirvieron los vencedores para rematar moralmente a la Alemania vencida. ¿Pero sería esa

---

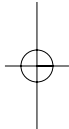
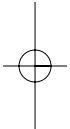
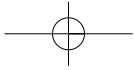
3.- *Arbeit macht frei*: «El trabajo libera», lema colocado a la entrada de Auschwitz I.



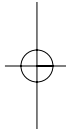
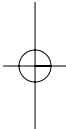
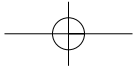
pretensión de negar lo que levantó montañas de fotografías documentales, testimonios, archivos posthitlerianos, montones de pelo afeitado de las cabezas de las mujeres, prótesis de los inválidos, juguetes de los niños asesinados, gafas, hornos crematorios, podría ser un intento así otra cosa que un síntoma de locura? ¿Es posible que alguien que no esté loco considere las irrefutables pruebas del crimen «una falsedad»? Si el problema se redujese a cuestiones psiquiátricas, si los defensores del nazismo fuesen de verdad dementes, no sería necesario el trabajo de Aspernicus, que acudió a los estudios americanos sobre los miembros del partido hitleriano estadounidense para citar el diagnóstico de los expertos, según el cual a los neonazis no se les puede negar la salud mental, aunque haya entre ellos más casos de psicópatas que en el resto de la sociedad. Así pues, no se puede desechar el problema limitándolo a la profiláctica psiquiátrica, y por lo tanto su estudio se convierte en un deber filosófico. Aquí es donde el lector se encuentra con la diatriba que el autor lanza



contra respetados filósofos como Heidegger. El autor no le reprocha a Heidegger la pertenencia al partido nazi, que el filósofo abandonó enseguida, porque señala como circunstancias atenuantes el hecho de que, en los años treinta, las consecuencias genocidas del nazismo no eran fáciles de prever. Los errores se pueden perdonar siempre que conduzcan al cambio de la postura equivocada y a las acciones que ese cambio exija. Respecto a este postulado, Aspernicus se define como minimalista. No pretende que Heidegger, o alguien en su posición, estuviese obligado a actuar en defensa de los perseguidos, y que merezca ser condenado porque no tuviera valor suficiente para hacerlo: no todo el mundo nace para ser un héroe. La cuestión es que Heidegger era filósofo. Nadie que se dedique al estudio de la naturaleza humana puede ignorar los crímenes nazis y seguir callado. Porque si llegó a la conclusión de que ese crimen estaba en una categoría «inferior» en el orden de las cosas, que su carácter criminal era extraordinario únicamente por las dimensiones que el poder del estado le

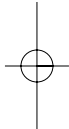
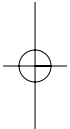
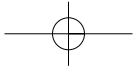


hizo alcanzar, y que ocuparse de él no sería digno de un filósofo por la misma razón por la que la filosofía no se dedica a los delitos comunes —puesto que en la primera fila de su problemática no se encuentran los asuntos criminológicos—, si de verdad, llegó a creer eso, entonces era un ciego o un embustero. Si no ve el significado supracriminal de ese crimen es un ciego mental, o sea, un estúpido; ¿y qué clase de filósofo es estúpido, aunque pueda encontrarle cinco pies al gato? Y si calla por hipocresía, también traiciona su vocación. Sea como fuere, se convierte en cómplice del crimen, por supuesto no en su planificación, ni en su ejecución: semejante acusación sería una calumnia escandalosa. Llegó a ser cómplice del crimen por su negligencia, porque lo degradó y lo anuló, relegando dicho crimen al último escalón de los asuntos relevantes, asignándole un lugar periférico, si es que le asignó alguno, en el orden de las cosas. No obstante, si un médico quita importancia a los síntomas de una enfermedad mortal, si no la menciona, si no menciona sus síntomas ni sus con-



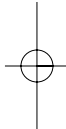
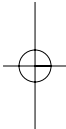
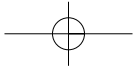
secuencias, o es un médico pésimo o un aliado de la enfermedad, y *tertium non datur*. Quien se ocupa de la salud del hombre no puede desdeñar una enfermedad mortal y excluirla del campo de sus estudios, y quien se dedica al ser humano no puede sustraer el genocidio de la problemática existencial. Si lo hiciera, anularía toda su obra. El hecho de que al hombre llamado Heidegger le reprochasen el haber apoyado personalmente la doctrina nazi, y que esta recriminación no se extienda a sus obras, absolutamente sordas en este aspecto, confirma, según el autor, la existencia de un pacto entre cómplices. Los cómplices son todos aquellos que aceptan la devaluación del genocidio en el orden de la existencia humana.

El nazismo cuenta con varias interpretaciones. El autor de *El genocidio* nombra tres de ellas como las más habituales: la gangsteril, la socioeconómica y la nihilista. La primera equipara el genocidio con actos criminales de saqueo, y es esta interpretación la que el juicio de Nüremberg situó en el centro del interés público. En los tribunales crea-

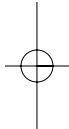
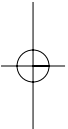

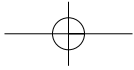


dos por los vencedores resultaba más fácil, para formular y analizar los actos acusatorios, basarse en procedimientos legales tradicionales aplicados a casos de delitos comunes, puesto que el mero hecho de la existencia de montones de horribles pruebas materiales dirigió los procedimientos judiciales por ese camino. La interpretación socioeconómica ve en la debilidad de la república de Weimar, en la crisis económica y en las tentaciones que sedujeron al gran capital atrapado entre la izquierda y la derecha, el conjunto de razones que posibilitaron la subida al poder de Hitler.

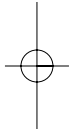
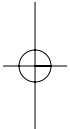
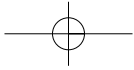
Finalmente, el nacionalsocialismo como nihilismo triunfante fascinaba de forma peculiar a grandes humanistas como Thomas Mann, quien veía en él «la segunda voz» en la historia de Alemania, el motivo de las tentaciones diabólicas. En su novela *Doktor Faustus*, lo lleva desde la Edad Media, a través de la apostasía de Nietzsche, hasta el siglo XX. Estas interpretaciones son sólo parcialmente ciertas. La gangsteril omite la profunda mendacidad del



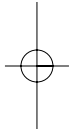
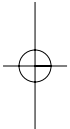
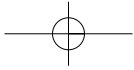
movimiento. Los gánsters en sus complots no se sirven de eufemismos ni de mentiras para embellecer el crimen. La socioeconómica no profundiza en la diferencia entre el fascismo italiano y el alemán, una diferencia nada trivial, ya que Mussolini no llegó a ser instigador del genocidio. Y para acabar, el concepto de Mann es demasiado general en su tesis, que identifica a Alemania con Fausto y a Hitler con Satanás. Así pues, el nazi como gánster resulta una banalización insustancial del problema, y como sirviente del diablo resulta una completa banalidad. La verdad sobre el nazismo no es ni tan plana ni tan excelsa como lo pretenden estas dos contraimágenes. La caracterización del nazismo se sumerge en un laberinto de diagnósticos, unos compatibles y otros contradictorios entre sí, porque sus crímenes son triviales en la superficie, pero su sentido más profundo es secretamente perverso. Este sentido profundo no inspiró a los líderes del movimiento mientras eran tan sólo un puñado de politicastros arribistas; tampoco lo percibieron más tarde, cuando se apoderaron de la gran




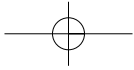
máquina estatal. Como advenedizos, hipócritas y avaros que seguían a Hitler, no eran capaces de pensar por su cuenta. Ya se sabe que *quos Deus perdere vult, dementat prius*. El plan hitleriano de conquista no parecía demencial al principio: se convirtió en una locura con el tiempo porque tenía que llegar a serlo. Como se sabe, el Estado Mayor alemán, conociendo la proporción de fuerzas, no deseaba la guerra con Rusia, pero si Hitler hubiera ganado en el Este, la derrota final del Tercer Reich hubiera sido todavía más horrible. Generalmente, el planteamiento de realidades alternativas se caracteriza por una gran incertidumbre; sin embargo, la situación en el tablero mundial respondía por aquel entonces a una lógica necesaria a la que tenían que someterse todos los combatientes. Las victorias de Hitler en el Este hubieran impulsado a los americanos a abalanzarse sobre Japón con ataques nucleares para vencerlo antes de que consiguiera ayuda alemana. El descubrimiento de las armas atómicas habría involucrado a su vez a los adversarios, ahora ya continentales, Alemania



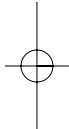
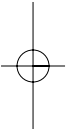
y Estados Unidos, en una carrera nuclear en la que los americanos, bastante adelantados, habrían tenido ventaja desde el principio y simplemente la habrían aprovechado devastando Alemania con radiaciones en el año 1946 o 1947, es decir, antes de que la física teórica alemana, diezmada por Hitler, hubiera podido introducir en su arsenal medios nucleares. No habría sido posible una tregua intercontinental ni una división del mundo en dos zonas de influencia, ya que al entrar en el escenario las armas nucleares y estando América en guerra con Alemania, habría sido un suicidio por parte de los Estados Unidos esperar hasta que los alemanes construyeran sus bombas atómicas. Si el atentado del 20 de julio de 1944 hubiera tenido éxito, el grado de destrucción de Alemania habría resultado menor que el que tuvo lugar en realidad, después de la capitulación en 1945, y si ésta no hubiera sucedido en aquel momento, entonces, en el año 46 o 47, Alemania se habría convertido en polvo radioactivo. Ningún presidente norteamericano habría renunciado a esos ataques



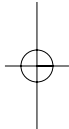
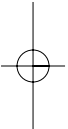

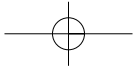
porque ninguno habría accedido a pactar con un adversario que pisoteaba pactos tal como lo hacía Hitler, y que además tenía ya bajo su poder vastos territorios de Europa y de Asia. Esto quiere decir que la catástrofe final de Alemania habría resultado tanto mayor cuanto más suerte le hubiera acompañado durante la guerra. Este epílogo estaba en los planes de Hitler desde el principio: como su capacidad de expansión no tenía límites reales, sólo era cuestión de tiempo el que una estrategia eficaz se transformase en una estrategia suicida. Un hado malicioso impulsó a Hitler a expulsar de Alemania a todos aquellos físicos con cuyos cerebros y manos se crearon en los Estados Unidos las armas nucleares. Eran, o bien judíos, o bien los llamados «judíos blancos», esto es, gente perseguida por convicciones incompatibles con el nazismo. Así que, como hemos visto, el componente racista —y, en consecuencia, genocida— de la doctrina nazi no fue accidental ni indiferente para la derrota de Alemania, ya que precisamente este componente hizo que la expansión



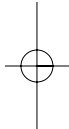
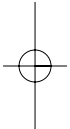
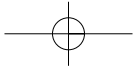
resultase autodestructiva. Tras haberle dado un lugar dentro del marco de la Segunda Guerra Mundial, Aspernicus se vuelve ahora hacia el hecho mismo del genocidio.



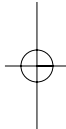
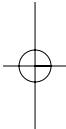
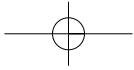
El crimen —constata el autor— cuando no es un avasallamiento accidental de las normas sino una regla que moldea la vida y la muerte, crea su propia autonomía, igual que la cultura. Conforme a la escala a la que se concibió, el crimen exigía fuerzas productivas y herramientas de fabricación, de modo que necesitaba peritos, ingenieros y obreros que formasen una sociedad profesional de la muerte. Por fuerza, era un invento sin precedentes, porque hasta entonces nadie había intentado nada de semejante dimensión: una dimensión imposible de abarcar. Frente al crimen industrializado se vuelven completamente inútiles las categorías tradicionales de culpa y castigo, de memoria y perdón, de contrición y venganza, algo que todos secretamente sabemos ante este océano de muerte en el que estaba sumergido el nazismo, puesto que ninguno de los asesinos, ni de los inocentes, es capaz de concebir en toda



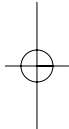
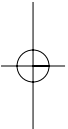

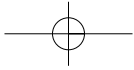
su magnitud el significado de las palabras «millones, millones, millones fueron asesinados». Y al mismo tiempo no hay nada más desesperado, nada que llene el pensamiento con mayor vacío y tedio más mordaz que la lectura de las declaraciones de los testigos del crimen, que continuamente repiten la misma, gastada canción: los pasos hacia el foso, hacia el horno, hacia la cámara de gas, hacia el hoyo, hacia el fuego, hasta que la conciencia empieza a rechazar las infinitas filas de sombras que resucitan momentos antes de acabar de leer, pues nadie es capaz de soportarlo. La resignación no es el correlato de la carencia de piedad, sino de una postración absoluta, de un agotamiento entorpecido por la monotonía de algo que, siendo una matanza, bajo ningún concepto y bajo ninguna circunstancia debiera resultar monótono, cadencioso, preciso, aburrido como la observación de una cadena de montaje. No, nadie sabe lo que quiere decir que millones de seres indefensos fueran asesinados. El asunto se convirtió en un misterio, como siempre que el hombre hace algo que



lo sobrepasa física y mentalmente. Sin embargo hay que adentrarse en esa zona aterradora, no tanto por la memoria de las víctimas como por el respeto a los vivos. Este doctor alemán, antropólogo e historiador, dice aquí lo siguiente: «Estimado lector, corres el riesgo de que se descarrielen tus pensamientos. Quien opina como yo, se arriesga a que lo tomen por moralista. Porque quiere sulfurar las conciencias, para que no se calmen nunca, para que la cultura, en un acto de autodefensa, no se cicatrice con una costra insensible, designando, por razones de conveniencia, unos días de aniversario para vestirnos de luto». De este modo, Aspernicus, en ropaje de predicador, quiere reabrir las heridas con la esperanza de evitar nuevos holocaustos. Pero no soy ni tan exaltado ni tan santo como para dejarme llevar por ilusiones tan ingenuas. Hubo tres clases de reacciones entre los alemanes después de la derrota. Unos, agobiados bajo la carga perpetua de lo cometido por su pueblo, creían, como Thomas Mann, que la infamia sería un muro que apartaría a Alemania del resto de

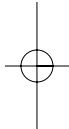
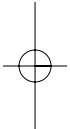
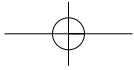


la humanidad durante mil años. Esa voz pertenecía a unos pocos individuos, emigrantes sobre todo. La mayoría procuraba desligarse del crimen, refugiarse en cualquier coartada proclamando algún grado de pasividad, de indiferencia ante el homicidio, de inconsciencia o —en el caso de los más honestos— de una media conciencia paralizada por el miedo. En esas voces todo sonaba a NO: no sabían, no querían, no participaban, no podían, no eran capaces: todo lo hizo Otro. Por último, unos pocos se entregaron al castigo, suplicando, pidiendo perdón en actos de arrepentimiento, para, de algún modo, compensar los daños, confraternizar con las víctimas supervivientes, convencidos, tan desesperada y digna como equivocadamente, de que aquí alguien podía tener el derecho de conceder el perdón, el derecho de absolver las culpas, que algún hombre, alguna entidad u organización o algún gobierno, podían ejercer de árbitros entre Alemania y su crimen. Al mismo tiempo, este noble delirio se contagió también a muchos supervivientes.

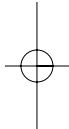
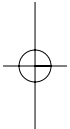
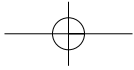


¿Y qué pasó con el propio crimen, mientras unos lo condenaban, otros lo eludían y algunos intentaban expiarlo? Quedó como un juicio analítico que nunca se investigó a fondo. La muerte iguala a todos los muertos. Las víctimas del Tercer Reich, igual que los sumerios y los acadios, no existen, porque los que murieron ayer se convierten en la misma nada que los muertos de hace miles de años. Sin embargo, actualmente el genocidio tiene otro significado, y me refiero al sentido humano del crimen cometido, que no se descompuso con los cuerpos de las víctimas, que sigue entre nosotros y que debemos reconocer. Este reconocimiento es nuestro deber aunque no resulte eficaz como medio profiláctico del crimen, porque el hombre debería saber sobre sí mismo, sobre su historia y su naturaleza, más de lo que le es cómodo o útil en términos prácticos. No me dirijo a la conciencia sino a la razón.

A continuación, Aspernicus se ocupa del neonazismo. Que rebrote, dice, con programas absolutamente explícitos, no sería nada sorprendente hoy en día, en la época del

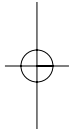
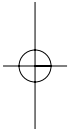
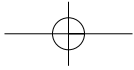


ultraliberalismo, permisivo e indiferente ante cualquier exceso y sacrilegio. Pues no escasean las conductas ni los programas extremos. Si Sade, en una época de normas anquilosadas, se atrevió él solo a proclamar el asesinato y la tortura como fuente de plenitud existencial, ¿por qué no iba a haber hoy un grupo o una facción extrema que proclamase el mismo programa de forma colectiva? Sin embargo, el genocidio no obtuvo esa clase de proclamación laudatoria. Nadie anuncia la creación de un movimiento que pretende alcanzar la perfección mediante el método de matanzas masivas; nadie dice que se trata de inhabilitar, aislar y luego quemar o envenenar a esta u otra gente, parásitos, explotadores, rufianes, contaminados por su propia raza, religión o riqueza, y que hay que degollarlos junto a sus hijos recién nacidos, hasta el último: en el mundo entero, lleno de extravagancias que hoy llegan hasta la locura, no existe tal declaración. Y tampoco nadie dice que el acto de esclavizar y matar debería ser divertido, y —como siempre está bien aumentar la diversión—

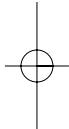
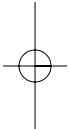
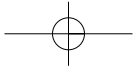


nadie propone perfeccionar estas actividades organizativa y técnicamente para que se torture a un mayor número de víctimas durante el mayor tiempo posible. Ningún anti-Bentham apareció ante nosotros con este lema. Sin embargo, esto no significa que semejantes anhelos no hayan podido nacer subrepticamente en ciertas mentes. Del mismo modo que el crimen, el genocidio cometido hoy en día de forma aparentemente desinteresada —puesto que no supone ningún beneficio inmediato para los autores— ya no puede prescindir de la mendacidad. La mentira como premisa del asesinato tiene múltiples formas, así que, antes que nada, es necesario reconocer la falsedad del Tercer Reich y, además, hacerlo de tal modo que simultáneamente queden al descubierto sus metástasis en el presente.

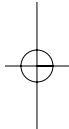
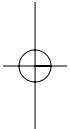
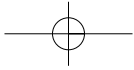
El nazi era un arribista de la política, un nuevo rico sediento de la continua afirmación de las dignidades de las que se apoderó, y como a nadie le importan más las convenciones que a un nuevo rico en público, así actuaba el



nazismo. Esto se ve claramente en sus personajes principales. Pero, para calificarlos adecuadamente, hay que verlos con su crimen como telón de fondo. Hitler era el asceta oficial que renunciaba a los placeres sensuales del poder, vegetariano y amigo los animales, un anacoreta en el cuartel general; a decir verdad, no es que lo fuese, sino que más bien llegó a serlo a medida que la realidad se iba alejando de sus ilusiones. En el fondo creía únicamente en sí mismo, y si hablaba de la Providencia lo hacía por consideración a las convenciones de las que, siendo un advenedizo, nunca pudo librarse. Por otra parte, poseía un conjunto de características muy poco frecuente: sin duda aborrecía los asquerosos actos de sus acólitos, aunque se mostraba indulgente con ellos, indulgencia que podía permitirse sinceramente, ya que no tenía auténticas inclinaciones hacia la intriga, no conocía la satisfacción sensual, no le gustaban las obscenidades. Pero esa faz de hombre decente y ordinario sólo aparecía en la esfera privada: en el juego del poder y en el fervor de la guerra era un mentiroso, un



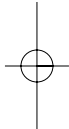
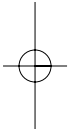
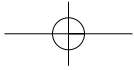
intrigante, un chantajista, un monstruo de crueldad y un asesino, y es esta incompatibilidad de rasgos lo que, hasta hoy, más problemas ha causado a sus biógrafos. Era de veras bueno con los perros, las secretarias, los lacayos, los chóferes, mientras colgaba a sus generales en ganchos de matadero, como si fueran cerdos, y dejaba morir de hambre a millones de prisioneros de guerra. Esto no me parece tan extraño, ya que todo el mundo sabe cómo se comporta, es decir, de qué sería capaz ante otros en el pequeño ámbito cotidiano, pero ¿quién sabe de qué sería capaz cara a cara con el mundo? No digo que cada uno tenga un Hitler escondido dentro, sino que Hitler, ante la historia, dejaba su decencia privada a un lado; esa decencia, siendo como era muy amanerada, muy de la pequeña burguesía, no le servía de nada en la política: allí no respetaba ningún límite, puesto que aquella honradez suya se basaba en la conveniencia y no en principios morales. Hitler, o carecía de ellos, o los tenía por nada frente a sus grandes visiones, que se convertían, una tras otra, en



montañas de cadáveres. Nadie lo demostró mejor que Canetti (*Hitler según Speer*). Himmler era un maestro de pueblo del crimen, y a su vez un autodidacta, ya que se trataba de una novedad entre las asignaturas. Creía en Hitler, en runas, en signos, en presagios, en la dura necesidad del judeocidio, en la cría de grandes y rubios nórdicos en casas *Lebensborn*,<sup>4</sup> en la necesidad de dar ejemplo. Por eso también condenó a muerte a un pariente suyo cuando le pareció oportuno, seguía visitando los campos de exterminio aunque se mareaba al verlos, y quiso liquidar a Heisenberg sólo porque durante unos instantes tuvo la impresión de que era lo que había que hacer, aunque luego, al final, por alguna razón, no lo hizo. La gente de esta índole —en su mayoría bastante torpes, cínicos, a menudo incoherentes con su propio cinismo, de clase baja, marginados eternos, privados de un talento concreto, incapaces de destacar en nada, por lo tanto mediocres, pero

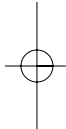
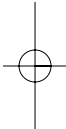
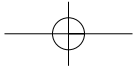
---

4.- *Lebensborn*: literalmente «fuente de vida».



sin haberlo admitido jamás ante sí mismos— se encontró ante una oportunidad de desahogarse como nunca en su vida. Se sirvieron en esta tarea de los respetables mecanismos de un país milenario, de sus oficinas, tribunales, códigos, edificios, maquinaria administrativa, filas de burócratas trabajadores, todo el férreo Estado Mayor. Lo cortaron todo a su medida, se colmaron de riquezas y se elevaron de tal modo que, desde las alturas que alcanzaron, la matanza se convirtió en una sentencia de justicia histórica y los saqueos en pura gloria de guerra, ya que podían ennoblecer todas sus atrocidades y monstruosidades mediante un nuevo bautizo y declararlas impunes. Todo este milagro de la transmutación duró doce años. Si el nazismo hubiera vencido, dice Aspernicus, se hubiera convertido en el «papado del genocidio», atribuyéndose una infalibilidad en el crimen incuestionable ya en todo el mundo conquistado.

Esta es la tentación que cuajó en el sedimento de los cráteres de las bombas en los que se hundió el nazismo

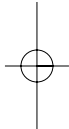
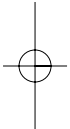
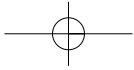


como una fuerza desnuda, liberada de todas las riendas y aniquilada por una fuerza mayor. Allí, y en las cenizas de las parrillas de los hornos crematorios, pervive una sombra de encanto seductor: la de la plenitud máxima alcanzable por el hombre. No el escalofrío febril del asesinato alevososino el asesinato legítimo, un deber sagrado, un esfuerzo abnegado y un pasaje a la gloria. Por eso era necesario omitir todas las variantes no sanguinarias de *der Endlösung der Judenfrage*<sup>5</sup>. Por eso el nazismo no pudo entrar en ningún tipo de acuerdos o compromisos, ni firmar treguas con los pueblos conquistados. No se podía permitir una delicadeza o una medida tácticamente conveniente. Así que no se trataba «sólo» del *Lebensraum*,<sup>6</sup> no «sólo» de que los eslavos sirvieran a los vencedores, de que los judíos desaparecieran, muriendo sin descendencia, condenados al exilio. El asesinato iba a convertirse en la razón del estado, en una herramienta de la política del país, no


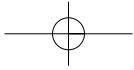
---

5.- *Der Endlösung der Judenfrage*: La solución final de la cuestión judía.

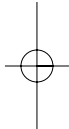
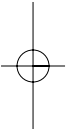
6.- *Lebensraum*: el espacio vital.



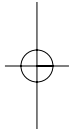
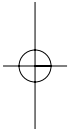
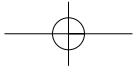
intercambiable por ninguna otra, y así fue, así llegó a serlo. Lo único que falló para que la teoría tuviese plena confirmación en la práctica fue la consecuencia última, el añadido final de las generalidades y las alusiones amenazadoras incluidas en el programa del movimiento. Lo impidió la asimetría de la relación entre el bien y el mal. El bien nunca se sirve del mal en sus razonamientos, pero el mal siempre usa parte del bien para convencer. Por eso, en los proyectos de las grandes utopías no faltan datos concretos, por eso en la de Fourier se puede encontrar descripciones detalladas sobre la organización de los falansterios, pero en los escritos del nazismo radical no hay ninguna mención a la organización de los campos de exterminio, las cámaras de gas, los crematorios, los hornos, las trituradoras de huesos, el gas *Zyklon* o el fenol. En principio, el crimen no era imprescindible, constatan los que quieren tranquilizar, hoy en día, a los alemanes y al mundo con esos libros que explican cómo Hitler no sabía, no veía, no quería, no tenía tiempo para ocuparse de, se le olvidó, fue malen-



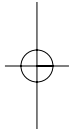
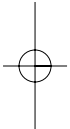
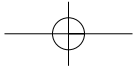
tendido, se le escapó, descuidó, que por su cabeza pasaba todo lo que se quiera, cualquier cosa salvo el asesinato.



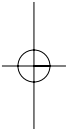
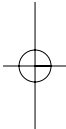
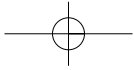
El mito del buen tirano y los villanos de segunda que desvirtúan sus intenciones tiene una larga vida. Si entre la mente de Hitler y el estado al que llevó Europa hay alguna equiparación, aunque sea mínima, entonces quiso, supo y ordenó. De todos modos, cotejando los detalles del genocidio, el debate sobre su conciencia o la falta de ella no tiene la menor importancia. Cada gran proyecto, blanco o negro, se separa de su creador a lo largo de la historia y se completa en una acción conjunta según la lógica que encierra. El mal es más multiforme que el bien. Existen artistas abstractos del asesinato incapaces de matar una mosca, y naturalistas que matan *con amore*, aunque carezcan del don de los primeros: la justificación del crimen. El nazismo unió en su jerarquía a unos y otros, porque los necesitaba a todos. Como instigador moderno del genocidio, dentro del engaño se apoyaba en dos pilares: la ética del mal y la estética *kitsch*.



Como hemos constatado, la ética del mal nunca intenta su propia apología: el mal siempre constituye el medio para algún bien. Este bien puede ser una excusa muy fácil de descubrir, pero su papel necesariamente tiene que figurar en el programa. La infamia de la falsedad era un placer institucional de la máquina exterminadora nazi y habría sido una pena renunciar a esta fuente de gozos suplementarios. Vivimos en la época de las doctrinas políticas. Los tiempos en los que el poder prescindía de ellas, los tiempos de los faraones, los tiranos y los emperadores, pasaron para siempre. El poder sin legitimación parece imposible. Ya desde su origen, la doctrina del nacionalsocialismo padecía de la incapacidad intelectual de sus autores, y aunque como plagio se mostraba confusa, sin embargo, psicológicamente resultaba acertada. Nuestro siglo no conoce más que a dirigentes benévolos. Las buenas intenciones han vencido en el mundo entero, al menos en las declaraciones. Ya no hay Genghis Kan ni tampoco nadie pretende ser Atila, el azote de Dios. Sin embargo, esta



bondad oficial resulta históricamente forzada; muchos caprichos siguen esperando que les den su oportunidad. Les es indispensable cierta legitimidad, porque, hoy día, sólo el que asesina por su cuenta y riesgo, para su propio beneficio, puede callar. El nazismo suponía este tipo de legitimidad. Con su hipocresía rendía tributo a la virtud oficial del mundo fingiendo que era mejor de como lo describían, aunque era peor de lo que admitían los círculos internos del partido. De todas maneras, los análisis teóricos deben caracterizarse por el mismo extremismo que las ejecuciones a las que están dedicados. Tomar medidas a medias no sirve aquí de nada. En *Los 120 días de Sodoma*, del marqués de Sade, el duque de Blangis, al dirigirse a las mujeres y los niños que van a morir martirizados en las orgías, les habla, con sigilo y medio de anticipación, en el mismo tono mantenido en los crudos discursos de los comandantes de los campos cuando daban la bienvenida a los nuevos prisioneros, porque anunciaban un destino muy duro, pero no la muerte, amenazando con ella como

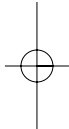
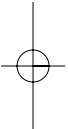

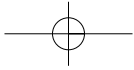


si fuera un castigo por las faltas cometidas y no una sentencia ya dictada. Jamás, en ningún código del Tercer Reich figuró un párrafo que dijera: *Wer Jude ist, wird mit dem Tode bestraft*,<sup>7</sup> aunque en realidad así estaba decidido. El duque de Blangis tampoco revelaba ante sus víctimas que su suerte ya estaba echada, aunque podía haberlo hecho, puesto que las tenía en su poder. Con la diferencia de que Sade dotó al aterrador duque de un lenguaje mucho más exquisito que la retórica de la que eran capaces los SS. Los comandantes se dirigían a los recién llegados para mentirles, sabiendo que ellos iban a agarrarse a su mentira como a una tabla de salvación, porque les aseguraba la existencia, difícil y dura, pero existencia, es decir, vida.


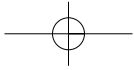
Según la opinión común, la comedia que los verdugos representaban inmediatamente después, dirigiendo a las víctimas hacia los supuestos baños donde les asfixiaban con el *Zyklon*, respondía a razones puramente prácticas: la

---

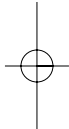
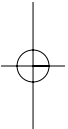
7.- Quien sea judío será castigado con la muerte.

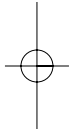
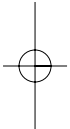
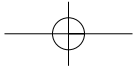


esperanza, despertada con la perspectiva de un baño bastante natural para los nuevos prisioneros, adormecía su desconfianza, impedía los actos de desesperación e incluso inducía a cooperar con los verdugos. Por lo tanto cumplían apresuradamente la orden de desnudarse, comprensible en esa situación escenificada. De este modo, el hecho de que las multitudes que brotaban de los vagones caminaran desnudas a la muerte era simple consecuencia de aquella puesta en escena. Esta explicación parece tan evidente que todos los investigadores del genocidio no han salido de ella, ni han buscado tampoco alguna otra razón de la desnudez de las víctimas, una razón más allá de este engaño organizado, tomado al pie de la letra. Sin embargo, observa Aspernicus, aunque la pornomaquía del marqués de Sade representaba un desenfreno evidente, y el genocidio nazi, como crimen industrializado, guardaba ante las víctimas, hasta el último momento, la apariencia de un puritanismo administrativo, tanto en un caso como en el otro las víctimas tenían que morir desnudas:




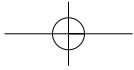
esta coincidencia no parece accidental; ¿no es cierto? Entonces, ¿por qué incluso los más miserables entre los miserables, incluso los judíos pobres de los pequeños pueblos de Galitzia, que normalmente vestían harapos, y en los campos, en invierno, incluso sacos de cemento, cartón, trapos y andrajos, por qué tenían que quitarse incluso estas piltrafas, desnudarse al borde del foso de ejecución? Amontonados, esperando desnudos la salva de los fusiles, ya no les podía engañar ninguna ilusión de esperanza. Se trataba de modo distinto a los que eran tomados como rehenes o a los guerrilleros que morían con un arma en las manos: ellos caían al foso con la ropa puesta, bañada en sangre. Pero los judíos tenían que estar en el borde del foso, desnudos. El argumento de que los alemanes, ahorrativos por naturaleza al parecer, tampoco en esta ocasión querían malgastar la ropa, no es más que una racionalización falsa y secundaria. No se trataba de ropa alguna, y a menudo se pudría amontonada en los almacenes.



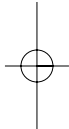
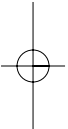


Sucedía algo todavía más extraño: los judíos capturados en la batalla y durante el levantamiento, no tenían que desnudarse cuando les fusilaban. Generalmente los guerrilleros judíos también podían morir vestidos. Desnudos morían los más indefensos: los ancianos, las mujeres, los inválidos, los niños. Desnudos, tal y como nacieron, caían al barro. El asesinato sustituía aquí a la vez a la jurisprudencia y al amor. El verdugo se presentaba ante la multitud de gente desnuda que se preparaba para morir, medio padre, medio amante: les condenaba a una muerte justa, como el padre que con justicia azota a sus hijos, como el amante que, la mirada clavada en la desnudez, ofrece una caricia. ¿Será posible? ¿Se puede hablar aquí de algún vínculo con el amor, aunque sea una parodia macabra? ¿No será semejante interpretación una fantasmagoría irresponsable?


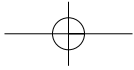
Para comprender por qué fue así, dice Aspernicus, después de la ética del mal debemos ocuparnos de la segunda cariátide del nazismo: el *kitsch*. En caso contrario,



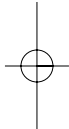
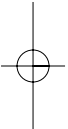
se nos escapará el sentido último y más profundo del genocidio.


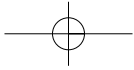


Aspernicus acota este concepto del modo siguiente: nada creado por primera vez puede ser *kitsch*. El *kitsch* supone siempre una imitación de algo cuya autenticidad resplandecía en la cultura de su tiempo, pero que fue repetido y pulido tantas veces que finalmente se desgastó. Una versión tardía, una copia chapucera de una obra de arte magistral, corregida por imitadores sin imaginación, que desfiguran las formas y colores del original, que ponen cada vez más pintura y barniz para contentar gustos cada vez más mediocres, porque el *kitsch* emperifollado, presumido, ostentoso, generalmente supone un final de camino y constituye una degradación trabajada con esmero, en todos sus detalles, una composición en estado de estreñimiento esquemático. Normalmente un esbozo no puede ser *kitsch*, ya que le da al ojo que lo mira la oportunidad salvadora de agregar algo de su parte, cosa imposible en el caso del infalible *kitsch*. En el *kitsch*, el llamado mal gusto

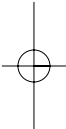
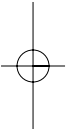


consiste en la involuntaria ridiculez y pomposidad de unos símbolos inflados hasta el límite. El *kitsch*, como esencia del estilo nazi, se manifestaba a través de cualquier iniciativa. En la arquitectura significa la monumentalidad castrense, los panteones con embarazos avanzados, los edificios que chantajejan profesionalmente con su tamaño, con puertas y ventanas para gigantes, esculturas de diosas y atletas desnudos siempre en su puesto. Todo esto debía provocar una sumisa admiración en posición de firmes, si no directamente el espanto, de modo que se proclamaba altivamente vacío por dentro. Se podrían tomar ejemplos de Grecia y de Roma y del París hausmanniano, pero en la esfera del genocidio, el estilo *kitsch* tenía dificultades para manifestarse. Existían estilos respetuosos que se podían inflar al modo imperialista, pero ¿dónde buscar ejemplos para un matadero humano? En consecuencia, el aspecto técnico de la masacre pasó a primer plano. Las herramientas de la muerte se caracterizaban por una funcionalidad bastante primitiva, porque no merecía la

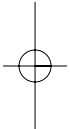
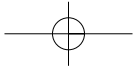




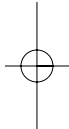
pena invertir grandes medios en la técnica cuando se la podía sustituir, hasta donde era posible, con la colaboración de las propias víctimas, quienes, mientras estaban vivas, se ocupaban del transporte, de los registros y del saqueo de cadáveres. Sin embargo, el *keitsch* logró filtrarse hasta los campos, hasta los patios donde pasaban lista, porque se coló en la dramaturgia del asesinato en cadena, aunque nadie lo había planeado de antemano.




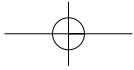
Sade, aristócrata de antiguo, no buscaba un marco con blasón para las orgías que describía porque la nobleza le era natural; por eso, de acuerdo con su credo libertino, injuriaba con descaro y mancillaba las señas de la tradicional superioridad sobre el populacho, instintivamente seguro de que nada le podía privar de su posición superior: si acababa en la guillotina, al fin y al cabo, degollarían al marqués Donatien Alphonse François, hijo del conde de Sade, cuya madre provenía de una rama lateral de la familia real de los Borbón. En cambio, la conquista nazi era el arribismo de los vagabundos, los palurdos, los hijos de



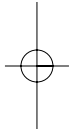
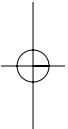
los suboficiales, los ayudantes de panadero y los escritor-zuelos de tercera fila que ansiaban el ascenso como si fuera la salvación, pero cuya participación personal en la matanza parecía dificultarles el ascenso. Entonces, ¿qué ejemplo podían seguir? Bañados en tripas humanas hasta las rodillas, chapoteando en el matadero, ¿cómo y a quién iban a imitar para no perder de vista sus aspiraciones? El camino más asequible para ellos, el del *kitsch*, los llevó muy lejos, hasta el mismo Dios... El severo Dios Padre, por supuesto, no ese llorica, Jesucristo, Dios de la piedad y de la salvación a través del sacrificio.

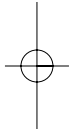
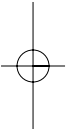

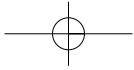


¿Cómo se debe presentar la gente en el Juicio Final? Desnuda. Y así era también este juicio: por todas partes se extendió el valle de Josafat. Desnudas, las víctimas iban a desempeñar el papel de los acusados en un drama en el que todo estaba falsificado, desde las pruebas de su culpabilidad hasta la justicia del tribunal, todo excepto el final. Esta última mentira era verdad, ya que iban a morir de veras. El asesino que tenía su destino en las manos estaba

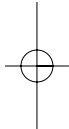
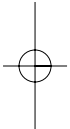
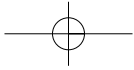


al mismo tiempo repleto de lujuria homicida y de poder divino. Por supuesto, al describirlo en estos términos, de inmediato caemos en la cuenta de la abominable farsa de este misterio representado en múltiples escenarios de toda Europa, durante largos años, día tras día. Probablemente la dramaturgia cambiaba, resultaba precaria, en algunos casos la ceremonia previa a las ejecuciones se reducía al mínimo. Era verdaderamente difícil desempeñar el papel de Dios Padre en esta obra interpretada en los sórdidos decorados de los barracones y las alambradas; era difícil ir matando a millones y a la vez dar la bienvenida a legiones de víctimas en primavera, verano, otoño, durante años enteros. Representar este papel sin vagas simplificaciones, sin sentir un creciente desprecio por él, habría sido simplemente desesperante, inútil: los asesinos estaban agobiados, de modo que se conformaron con trozos del argumento, fragmentos del Juicio Final, ensayos generales, pero siempre con un epílogo auténtico. La producción era cada vez peor, los cadáveres no querían



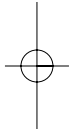
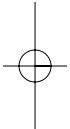
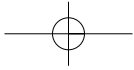


arder, de las tumbas apisonadas salía sangre, en verano el hedor de los cuerpos quemados llegaba hasta las lejanas casas del personal del campo, pero la muerte nunca era una chapuza. Este capítulo de *Endlösung als Erlösung* lo cierran estas palabras: «Sé que nadie que no participara en estos hechos, como verdugo o como víctima, podrá creerme e interpretará mis argumentos como producto de una fantasía irresponsable. Todavía más ahora, porque las víctimas están muertas y, aunque casi cuarenta años nos separan de su matanza, aún no ha aparecido un diario de alguno de los verdugos, ni siquiera una relación anónima de sus experiencias. ¿Cómo explicar este silencio tan absoluto, tan contrario a la natural inclinación humana de perpetuar los recuerdos más intensos, o por lo menos los más extraordinarios, los que no están al alcance de todo el mundo? ¿Cómo explicar esta perfecta ausencia de confesiones —ni siquiera bajo pseudónimo— que finalmente tuvo que ser sustituida por los apócrifos literarios, salvo con la indiferencia del actor ante un papel que ha olvida-



do hace mucho tiempo? Querido lector, debemos ponernos de acuerdo en cuanto a la inconsciencia de los actores que desempeñaban estos papeles, puesto que sería una tontería absoluta y un absurdo creer que los verdugos comprendían lo que estaban haciendo, que conscientemente representaban a Dios quitando vidas con justicia. Era un *kitsch* monstruoso y la primera cualidad y la razón fundamental del *kitsch* consiste en que sus autores no lo consideren *kitsch*, que, para ellos, llegue a ser lo que parece en virtud de sus propios ideales: la verdadera pintura, la auténtica escultura, la gran arquitectura, porque alguien que descubriera señales de *kitsch* en su obra, ni la continuaría ni la acabaría.

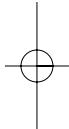
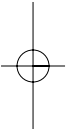

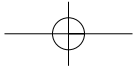
Quiero decir algo totalmente distinto: que los hombres ni en compañía ni solos son capaces de actuar, de dar un paso, de saludarse, sin someterse a algún modelo, esto es, sin estilo ni ejemplo. Por eso hacía falta algún estilo, por eso algunos modelos tuvieron que rellenar el vacío sin precedentes creado por el crimen en masa del siglo tecno-



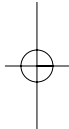
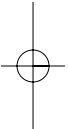

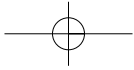
lógico, y al final lo llenaron los más conocidos por todos, los inculcados en la infancia: los ejemplos y los signos del cristianismo, que había que negar al afiliarse al nazismo. Pero esto no significa que todas sus huellas quedaran borradas en la memoria de la gente. Desde luego, ni en las SS ni en las SA, ni en el aparato del partido había musulmanes, budistas, taoístas, ni tampoco, seguramente, había cristianos creyentes de esa apostasía horrorosa en los patios de los campos. Lo único que había allí era un *kitsch* sangriento porque algo tenía que llenar ese vacío sin estilo y lo llenó lo que estaba, en cierto sentido, al alcance del puro reflejo mental de los verdugos, precisamente porque *Mein Kampf*, *El mito del siglo XX* y todos los libros de adoctrinamiento, todo lo escrito bajo el signo de *Blut und Boden*,<sup>8</sup> no mencionaba ni una palabra, ni una instrucción, ni un mandamiento, capaces de llenar ese vacío con algo con-

---

8.- *Blut und Boden*: literalmente, «sangre y suelo». Una de las claves de la ideología nacionalsocialista que afirma que la nación pertenece a los que por sangre y por territorio, es decir, por haber nacido dentro del Reich, y por llevar sangre alemana son alemanes.



creto. Sus líderes los abandonaron a su suerte y de este modo surgió este *kitsch* blasfemo. Por supuesto, su dramaturgia era una miserable simplificación, como sacada de una chuleta de estudiante, un detritus de los borrosos recuerdos de la catequesis, una rememoración no sólo inconsciente, sino también irreflexiva, que por lo tanto conserva sólo residuos de imágenes: la Justicia Universal, la Omnipotencia, más bien estampas que conceptos. La siguiente prueba de la veracidad de mi argumentación es el hecho de que, para el gobierno ocupante, nada era tan importante como que la matanza fuese considerada el orden justo de las cosas. Según la opinión común —y hoy todos los investigadores del nazismo la comparten— los judíos constituían la *idée fixe* del Tercer Reich, idea que Hitler contagió a su movimiento —y, en consecuencia, también a los alemanes—, condenándoles a la autodestrucción. Se trataba de una manía persecutoria, una verdadera paranoia social, ya que mientras se veía a los judíos como representación del mal, para los que sin lugar a

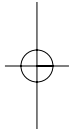
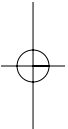

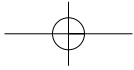


dudas no eran judíos y no tenían ninguna relación con ellos, se inventó el término de “judíos blancos”, utilizado sistemáticamente a pesar de lo absurdo que era. Así que, por lo que vemos, la esencia del judaísmo no era, contra las tesis canónicas del nazismo, la *raza*, sino el *mal*, y la personificación individual del mal en grado sumo resultaron ser los judíos. Se convirtieron en el problema número uno del Reich, un asunto personal del nacionalsocialismo, y su liquidación en un deber histórico: así es cómo se llevó a cabo aquel designio. El lugar tradicional en las persecuciones de judíos lo ocupan los pogromos, pero los alemanes apenas los utilizaron. Lo hicieron sólo justo antes de la toma del poder, tras la caída de la República de Weimar, cuando era necesario salir a las calles, animar a los indecisos y proporcionar a los decididos una oportunidad de “destacar”. Pero el nazismo ya cuajado, triunfante en la guerra, no instigó los pogromos salvo en raras ocasiones, las cuales tenían lugar, generalmente, cuando los ejércitos vencidos retrocedían y las vanguardias alemanas entraban

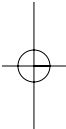
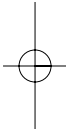
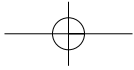
en las ciudades abandonadas, aunque no siempre sucedía así. Esto nos lleva a suponer que se reprimían a sí mismos e impedían que los demás hicieran pogromos porque éstos les parecían trifulcas sangrientas relacionadas con el saqueo, con la destrucción caótica de los bienes judíos, es decir, un delito común, mientras que la persecución de los judíos no podía ser un delito, sino algo totalmente opuesto: la administración de la justicia suprema. Los judíos iban a obtener lo que se merecían cumplida y legítimamente. Este comentario explica la aversión que sentían los alemanes hacia los pogromos, su moderación en este asunto, pero no explica por qué los alemanes (que permitían luchar a prisioneros de guerra reclutados y a desertores del ejército de Vlasov<sup>9</sup> contra los guerrilleros rusos, y que también organizaban en Europa divisiones SS entre los “voluntarios nórdicos” españoles, franceses u holandeses) nunca se servían de forasteros en el exterminio de los

---

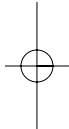
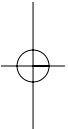

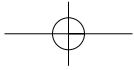
9.- Andrei Andreievich Vlasov: General del Ejército de Liberación Ruso, que luchó junto a unidades alemanas contra Stalin.



judíos, excepto en situaciones muy excepcionales, en casos de emergencia y cuando escaseaban las fuerzas propias. Es cierto, aunque esto sucedía, se trataba únicamente de casos excepcionales y en cada uno de ellos se puede comprobar, a base de la documentación conservada, que la introducción de no alemanes en el exterminio de los judíos estaba forzada por una situación de emergencia. A estas alturas, vemos claramente hasta qué grado los judíos representaban para los alemanes un “asunto personal”, un ajuste de cuentas que nadie debía arreglar por ellos, *per procura*. Por último, a los judíos se les mandaba a los campos de trabajo solamente en el preludio de su liquidación total; los campos de exterminio fueron creados más tarde, y únicamente para ellos. Como es sabido, las intenciones que apadrinan cualquier acción son mucho más fáciles de detectar en los hechos materiales que en las declaraciones y dictámenes que precedieron a estos hechos o los comentaban *ex post*. Así pues, de los hechos analizados fuera de la doctrina nazi, de los esfuerzos verbales de Goebbels y



su aparato de propaganda, resulta, de modo irrefutable, que la decisión sobre la *Endlösung der Judenfrage* adquirió su forma mortal antes de que los frentes de guerra empezaran a ceder, de manera que la aceleración del ritmo del exterminio no la explica tan sólo el deseo de matar antes de que alguien pudiera ayudar a las víctimas. Esto significa que, tal y como lo entendían los mismos autores del crimen, el genocidio traspasó las categorías de represalia y de venganza que proclamaban, ya que era algo más: era su misión histórica. ¿Qué suponía en última instancia esta misión? Nunca llamada por su nombre, forma un círculo nebuloso en el que, a través de la tecnología y la sociografía del genocidio, se trasluce el simbolismo judeocristiano transformado en matanza. Como si, al no poder matar a Dios, los alemanes mataran a su “pueblo elegido” para ocupar su sitio y, tras un destronamiento sangriento *in effigie*, autoproclamarse como el “pueblo elegido” de la historia. Los signos sagrados no fueron aniquilados sino invertidos. Así que el antisemitismo del Tercer Reich era,


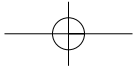


en última instancia, sólo un pretexto: los ideólogos no estaban lo bastante locos para intentar un deicidio literal; la negación de Dios mediante la palabra y la ley no podía satisfacerles, se podía atacar las iglesias, pero no destrozarlas completamente: aún era demasiado pronto. Sin embargo, ahí, al alcance de la mano, estaba el pueblo que dio origen al cristianismo, y aniquilarlo suponía acercarse, en el lugar del exterminio, al máximo atentado contra Dios del que era capaz el hombre. La matanza era un acto de contrarredención: mediante él los alemanes se liberaron de la Alianza Divina. Pero la liberación había de ser absoluta, no podía equivaler al cambio de la protección divina por una protección del signo opuesto. La matanza no iba a ser un homenaje al mal satánico sino una rebeldía que conduciría a la independencia total tanto de los cielos negros como de los resplandecientes. Y aunque nadie en todo el Reich lo expresara de ese modo, la impronunciable noticia sobre esta condición suprahumana constituyó una complicidad clandestina con la conjura asesina. El odio hacia

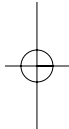
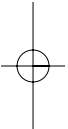
las víctimas tenía su reverso en el afecto, demostrado por un alto oficial de las SS: al mirar por la ventanilla de su coche salón cuando el tren pasaba por los pinares ralos y arenosos de su distrito, se dirigió a su compañero de viaje diciendo: *Hier liegen MEINE Juden*.<sup>10</sup> MIS judíos. La ejecución le ató a ellos para siempre. En cambio, a menudo los subordinados tenían dificultades en comprender por qué debían morir los niños con sus madres, así que, para remediar esta nefasta falta de culpa, la improvisaban *ad hoc*: por ejemplo, cuando las madres recién llegadas al campo intentaban renegar de sus hijos, porque sólo a las mujeres sin hijos les permitían trabajar, las que llegaban con hijos iban directas al horno. De este modo, aquellas inhumanas madres eran castigadas en el acto por haber renegado de su maternidad y el hecho de que los niños —por los que intercedía el mismo verdugo— también fuesen a morir enseguida, no le impedía proseguir el espectáculo de su

---

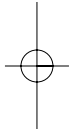
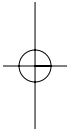
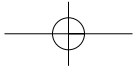
10.- Aquí yacen MIS judíos.



justa indignación. Que nadie diga que entre esos asesinos justamente indignados se encontraban los lectores del marqués de Sade —que 150 años antes inventó comedias similares, con deicidio *in effigie*— y que los soldados de las SS le plagiaban. Intercediendo por los niños cuyas calaveras esparcían poco después, en una farsa de la justicia tan mal cosida que en seguida se hacía pedazos, demostraban involuntariamente su fidelidad a la verdad inexprésable del genocidio como sucedáneo de la ejecución de Dios».



En el segundo tomo de su obra, titulado *Fremdkörper Tod*, el autor se atreve a hacer una síntesis historiosófica que rebasa la descripción de hechos del primer tomo, aunque esté cimentada en ella. Se basa en la idea de lo que él mismo llama «el reciclaje de la muerte». La exterminación de pueblos o grupos étnicos enteros constituía una parte integral de las leyes de guerra en la antigüedad. El cristianismo puso fin a toda matanza cuyo único argumento fuese la misma posibilidad de su ejecución, sin ningún

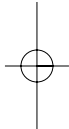
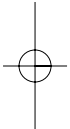
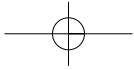


otro motivo. Desde entonces, para matar era imprescindible constatar la culpa de las víctimas. La culpa podía ser la infidelidad y ésta fue la causa más común en la Edad Media. La Edad Media creó una simbiosis *sui generis* con la muerte como destino natural del hombre por voluntad divina, e introduciendo a los cuatro jinetes del Apocalipsis, «el llanto y el rechinar de dientes», la danza macabra, la peste negra y *Höllenfahrt*<sup>11</sup> dentro de la condición humana, hizo de la muerte el componente natural del destino que iguala mediante la justicia a los miserables y a los reyes. Todo esto era posible precisamente porque la Edad Media estaba por completo indefensa ante la muerte.

Ningún tipo de terapia médica, ningún conocimiento de la naturaleza, acuerdo internacional o técnica de reanimación podía —puesto que no existía— frenar el empuje de la muerte o, al menos, aceptarla como un fenómeno biológico común, ya que el cristianismo impuso una cesura

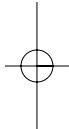
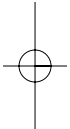
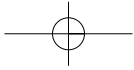
---

11.- Viaje al Infierno.

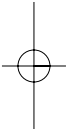
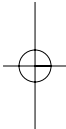
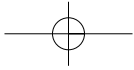


profunda entre el hombre y el resto de la naturaleza viviente. Justamente fueron la alta mortalidad y la corta duración de la vida lo que concilió a la Edad Media con la muerte, asignándole el rango más alto dentro del marco de la existencia, férreamente unida al más allá. Sólo vista desde aquí parecía una oscuridad aterradora; desde el otro lado era un pasaje a la vida eterna, a través del Juicio Final, una instancia severa pero no aniquiladora. Hoy en día no somos capaces de comprender esa intensidad escatológica ni siquiera aproximadamente: las memorables palabras pronunciadas por un cristiano «¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!» que para nosotros suenan como un escarnio sofisticado, expresaban una fe exenta de burla.

En cambio, la civilización contemporánea se revela como un movimiento opuesto a la muerte: la reformas sociales, los progresos de la medicina, la socialización de los problemas antes exclusivamente individuales (la asistencia a la minusvalidez, la enfermedad, la vejez, la pobre-



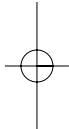
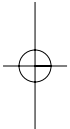
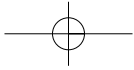
za, la seguridad pública, el desempleo) iban aislando poco a poco a la muerte, porque se mostraban inútiles ante ella y por eso la muerte se hacía un asunto cada vez más íntimo, en contraste con otros padecimientos que sí encontraban una solución pública. Especialmente en los «países del bienestar» la asistencia social reducía la pobreza, las epidemias, las enfermedades, saturando la vida de comodidades, pero todos estos progresos terminaban con la muerte. Esto la diferenciaba de otros componentes de la existencia y la hacía «prescindible» en los términos de las doctrinas progresistas, que poco a poco llegaron a ser la fe común de la cultura laica. Esta tendencia a la alienación de la muerte se intensificó especialmente en el siglo XX, en el que desaparecieron del folklore incluso sus «personificaciones domésticas» tipo Ángel, Dama de la Guadaña, o Visitante sin Rostro. De este modo, privada de las sanciones del más allá y de una aprobación antes incuestionable, a medida que la cultura pasaba de soberana inflexible a sirviente de las satisfacciones vitales, la muerte se iba convirtiendo, den-



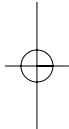
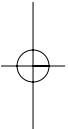

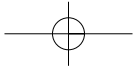
tro de ella, en un cuerpo ajeno, cada vez más privado de significado, porque la cultura, como tutora permisiva y proveedora de las satisfacciones no podía darle ningún sentido en el marco de estas directrices. No obstante, la muerte, públicamente condenada a muerte, no desapareció de la vida. Imposible de ubicar en el orden de la cultura, exiliada de su antigua posición, finalmente empezó a acechar en secreto y a volverse salvaje. La única manera de volver a domesticarla, es decir, de reivindicar la muerte para la comunidad, resultó ser su ejecución legítima, pero no se la podía llamar así, por su nombre; por lo tanto, la muerte había que ejecutarla no en nombre de su escolarización, sino en el nombre del bien, de la vida, de la salvación, y ésta es la concepción que el nacionalsocialismo elevó al rango de doctrina estatal. El autor recuerda aquí las enardecidas disputas que provocó en los Estados Unidos la publicación del libro de Hannah Arendt *Eichmann or the Banality of the Evil*.<sup>12</sup>

---

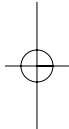
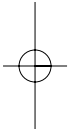
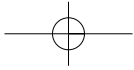
12.- *Eichmann o la banalidad del mal*.




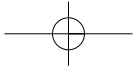
Participaron en ellas Saul Bellow y Norman Podhoretz, que opinaban que si «cada hombre es profundamente consciente de la santidad de la vida» (Bellow) o bien que «sólo un monstruo es capaz de un crimen monstruoso» (Podhoretz), entonces no podemos poner al mismo nivel el mal del nazismo y la banalidad. Según Aspernicus, todos los interlocutores estaban equivocados, ya que, al limitar la controversia al asunto de Eichmann como exponente del crimen nazi, no podían resolver el problema. Eichmann era, como la mayoría de la chusma del Tercer Reich, un burócrata aplicado y vehemente del genocidio, pero no podemos considerar que el origen de todo radique en la obcecación arribista de los burócratas del partido que rivalizaban en hacer conjeturas para precisar las órdenes del Führer cuando él mismo no las había precisado. En opinión de Aspernicus, la doctrina era banal, podían ser banales sus ejecutores, pero no era banal su origen, que se encontraba fuera del nazismo y del antisemitismo. El debate se atascó en las particularidades, de las que es



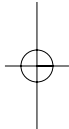
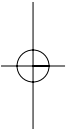
imposible sacar un diagnóstico adecuado para el mayor genocidio del siglo XX. Una civilización inclinada hacia «lo terrenal» dirigió el pensamiento humano por los caminos de la búsqueda naturalista de los «autores del mal»: más aún, de todo el mal. Ya no podía serlo el invalidado más allá, pero alguien lo era, porque alguien tenía que ser responsable del mal. Así que había que buscarlo y señalarlo. En la Edad Media bastaba con decir que los judíos mataron a Jesucristo. Para el siglo XX esto no era suficiente: los culpables debían ser los autores de todo el mal. Para acabar con ellos, Hitler se sirvió del darwinismo, que reconocía el indiscutible sentido final de la muerte, aunque fuera de la cultura, como premisa inherente al progreso de la evolución natural. Hitler lo entendió a su manera, esto es, superficial y erróneamente, como un mandamiento y un modelo, con el que la Naturaleza (él prefería llamarla Providencia) justifica, o incluso encarga a los más fuertes la supervivencia a costa de los más débiles. Como varios cerebros primitivos antes que él, Hitler

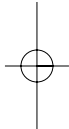
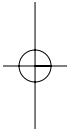
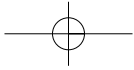


interpretaba literalmente la fórmula de la «lucha por la existencia», que en sí misma no tiene nada que ver con el aniquilamiento físico de las víctimas por los depredadores, ya que el progreso evolutivo se lleva a cabo en los estados de equilibrio entre las especies menos y más agresivas, y la liquidación total de los débiles llevaría a los depredadores a la muerte por inanición. Sin embargo, el nazismo encontró en Darwin lo que deseaba de suprahumano —que no trascendental—, esto es, la equivalencia entre la matanza y la esencia de la historia universal. De este modo, esta pauta adquirida a base de mentiras, anulaba totalmente la ética y la sustituía con la justicia que muestra el resultado de una lucha a vida o muerte. Para convertir a los judíos en un enemigo lo bastante monstruoso, era necesario acrecentar su papel en el mundo hasta sobrepasar los límites de la credibilidad; así se inició un razonamiento paralógico que llevó a la demonización total de los judíos, lo cual debió de costarle al nazismo un esfuerzo considerable, ya que contradecía la experiencia común de



los alemanes que convivían con los judíos desde hacía siglos. Aparte de que todo el mundo sabía que, a pesar de sus defectos, incluso si el antisemitismo tuviera razón en algunas acusaciones concretas, de ningún modo se merecían un holocausto junto con los niños todavía no nacidos, el fuego, las fosas, los hornos y las trituradoras de huesos, no sólo porque era algo monstruoso, sino además porque toda esa monstruosidad resultaba completamente absurda. Es como si en la pedagogía apareciera una teoría que postulase matar a los niños incorregibles que hacen novillos o que roban a otros niños. No cabe duda de que los judíos, incluso desde el punto de vista del antisemitismo tradicional europeo, no merecían ser asesinados hasta el último de ellos: de eso, precisamente, no cabe ninguna duda. Lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que los movimientos neonazis recientes no incluyan en sus programas la exterminación de los judíos y de que tampoco reconozcan que sus antecesores del Tercer Reich se lo propusieran y lo llevaran a cabo. Estos movimientos se





limitan a vagos eslóganes antisemitas o relegan este asunto a un segundo plano dentro de sus programas, porque los judíos como «los portadores del mal universal», podríamos decir, se ha degradado. Para los antisemitas de hace 40 ó 50 años eran culpables «de todo»: desde el capitalismo hasta el comunismo, desde las crisis económicas y la miseria hasta la decadencia de las costumbres; actualmente, cada persona puede citar de memoria múltiples males de los que nadie responsabiliza a los judíos (la contaminación de la biosfera, la superpoblación, las crisis energéticas, la inflación, etc.). Así pues, el antisemitismo se degradó no porque desapareciera sino porque perdió su primitiva capacidad para explicar la totalidad de los problemas sociales. Para evitar malentendidos, Aspernicus agrega que no anula el significado del antisemitismo en todos los campos sino únicamente en la perspectiva historiosófica: en los tiempos posteriores al genocidio los judíos ya no sirven como chivo expiatorio al cual se puede culpar de todo.